



Círculo Rojo

Sombras de Niebla

Sombras
de
Niebla



JAVIER CORREA

Primera edición: marzo 2019

Depósito legal: AL 762-2019

ISBN: 978-84-1317-848-6

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Javier Correa

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Depositphotos.com

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

*Cualquier parecido en los personajes y lugares que aparecen en la novela son fruto de la casualidad

A mi familia.

PRIMERA PARTE.

De los sentimientos que nacen de palabras.

San Silvestre de Guzmán.

El otoño avanza alargando los días de verano sobre preludios de invierno en San Silvestre de Guzmán, un pueblo onubense a caballo del mar y la sierra, una dehesa de almas cándidas que esparcen la providencia entre sus lindes, una tierra de pastos que desnuda el hoy durante la noche para vestirlo de mañana. De un mañana que hilará segundos de paz con la certeza de saber que entre sus lindes se detuvo a reposar el tiempo. Un tiempo que adormece los días entre partidas de dominó, repiques de campana y corrillos de lenguas aladas que deambulan por el pueblo como luces de bengala. Bengalas de voces que acompañan la procesión de San Silvestre de fin de año entre deseos y vítores de agradecimientos.

San Silvestre alberga entre sus lindes una iglesia (la de Nuestra Señora del Rocío, de fachada blanca y campanar altivo), y un perfume (el de las jaras blancas que sahúman de bálsamo el valle entre brumas de silencio), y una leyenda (la de los sueños del pastor Domingo «El Murrón», pregonando a los cuatro vientos que bajo las raíces de un acebuche se encuentra un tesoro de monedas de oro, abrigado entre la piel curtida de un toro bravo) y una costumbre pagana (la de la Fiesta de los Mastros decorados de adelfas, simulando penes erectos, al alrededor de los cuales danzan las mujeres del pueblo, algunas de ellas descendientes de la Princesa Mora) y un colegio (el del señor Manuel, que en paz

descanse), y un mayordomo (el portador de la bara que guía los pasos costaleros), y dos santos (el de San Silvestre, el santo de las manos rojas, por el color de los guantes que cubrían sus manos de Papa, y el del padre Miguel, el santo vivo).

San Silvestre es el pueblo donde nació Carlos, el hijo mayor de la viuda Rosario; el silvestrero que marchó a estudiar a Madrid y regresó licenciado en Derecho, para convertirse en el director de la empresa de don Francisco; el hombre que partiendo de la nada y el provecho de todo, llegó a convertirse en la persona más rica de Huelva.

San Silvestre es el pueblo que un día acogió a Elena, una veinteañera madrileña de cuna de paja y medias de seda, huyendo de la palabra médico que le había escrito su madre cuando apenas balbuceaba, con la intención de convertir a Carlos en su esposo y padre de Laura, apenas unos meses más tarde. Tiempo suficiente para alimentar las voces aladas que afirmaban que la joven madrileña, de mirada risueña y pómulos sonrosados, no había llegado al altar ni pura ni casta.

San Silvestre. Días antes del sábado, 17 de octubre de 1987.

Elena, Carlos, y su hija Laura, han regresado de pasar unos días en el Hotel Salinas, un acogedor hotel de la costa granadina, que ha elegido Elena con la intención de ayudar a Carlos a olvidar el atraco que ha sufrido días atrás en la empresa que dirige: un botín de dieciocho millones de pesetas que debía cubrir el primer pago de la nueva maquinaria de embasados.

Durante la estancia en el hotel, Carlos muestra un comportamiento algo extraño a ojos de Elena. En ciertos momentos parece ausente, ensimismado en pensamientos que esconde en largos silencios taciturnos. En otros, sin embargo, se muestra más cariñoso de lo que en él es habitual, llegando a alumbrar frases de amor que Elena guardaba entre retales de noviazgo. Pero nada la sorprende más que la confesión inesperada de la última noche en el Hotel Salinas.

Son las 03:24, según indica el despertador digital de la mesita, de una noche de apariencia plácida. Carlos hace días que intenta aceptar el inesperado destino que ha irrumpido en su vida robándole las huellas de sus futuros pasos. La obscuridad cubre la habitación 104 de la primera planta del hotel, dejando apenas un hilo de luz entre cortinas proveniente de los jardines exteriores que rodean la piscina. Carlos aprieta el interruptor de la lámpara de la mesita de noche. «Dios mío, dame fuerzas», piensa para sus adentros

apretando el interruptor de la lamparita de noche. La luz estalla en el instante en que Elena huye en sueños de unas muñecas porcelánicas que la persiguen intentando succionarle el cerebro. El reloj digital avanza: 03:25. Carlos ya dispone de la luz que precisan los sentimientos para devenir palabras. Ella duerme. Él la observa. La ama. Siempre la ha amado. Respira hondo un par de veces intentando liberar la presión que siente en su pecho. La mira de nuevo, en silencio, dejando que sus ojos se posen sobre la línea del escote del camisón de hilo blanco, sin llamar al deseo. La duda que lo atormenta recorre su corazón intentando hallar un recoveco donde esconderse. Carlos no espera más y acaricia el brazo de su mujer intentando despertarla sin sobresaltos. Las muñecas diabólicas corren tras Elena en ese instante de su sueño. Carlos espera. «Elena, cariño», le susurra de nuevo. Ella abre y cierra los ojos un instante. «Elena», insiste él consiguiendo que vuelva a abrir los ojos con un tenebroso ¡ay! de huida porcelánica en la comisura de sus labios.

—Necesito hablar contigo, Elena —le anuncia en voz baja mirándola fijamente.

Ella lo mira. Le sonrío. Y vuelve a cerrar los ojos. Las muñecas diabólicas siguen tras ella. ¡Corre!, le grita un instinto inconsciente de supervivencia. «Es la voz de Carlos», piensa antes de abrir los ojos intentando zafarse del destello de una luz molesta, dejando la huida en suspense.

—Elena, perdona que te despierte a estas horas —musita él intentando suavizar la impertinencia—, pero... necesito hablar contigo...

—Carlos, ¿qué ocurre, cariño?

—No ocurre nada. Solo necesito saber si has sido feliz viviendo conmigo.

La pregunta, tan desnuda como inesperada, penetra en la mente de Elena sin saber con qué intención clasificarla.

—¿Por qué me preguntas esto a estas horas de la noche, Carlos? —responde ella mostrando una sonrisa con alas de repro-

che— Pues claro que sí... claro que soy feliz —afirma ella endulzando su mirada y percibiendo un brillo inusual en las pupilas de Carlos— Soy una mujer afortunada, Carlos... ¿Cómo quieres que no sea feliz?... Duerme, cariño. Necesitas descansar y no pensar más en lo que ha ocurrido —le aconseja ella cogiéndole una mano y apoyándola sobre su pecho.

—Elena, perdóname por haberte despertado a estas horas, pero... necesito contarte algo muy importante —le anuncia amilanzando su voz.

Elena mira a Carlos alejando de su rostro cualquier adjetivo que pueda cualificarlo. Intuye que la conversación va a alargarse más de lo que imaginaba y le pide a su marido que le conceda unos minutos. Se levanta de la cama y cubre su camisón de hilo blanco con una bata de seda color azabache. Entra en el baño. Se humedece la cara y la seca con una toalla de rizo blanco bordada con las iniciales HS que cuelga del mármol travertino del lavabo. Ahueca su melena con la yema humedecida de los dedos hasta reconocerse en el espejo del lavabo, y regresa a la cama sintiendo el calor que su cuerpo ha impregnado en las sábanas. Apoya la espalda sobre el cabezal de madera y mira a su marido sin decir nada, limitándose a percibir el helor de su mirada.

Carlos desea explicarle lo que ha ocurrido, anunciarle la amarga buena nueva que le ha traído un destino reiterante y desalmado, pero no puede. Y no puede, porque es uno de esos «no puede» incapaces de despojar la verdad de sus capas de silencio.

—Elena,... me he pasado toda la vida intentando... —toma aire dejando en conato un brote de emoción repentino— intentando hacer las cosas lo mejor que he sabido... o que he podido... y ahora... hoy... me doy cuenta de que he sido demasiado egoísta —afirma fijando la vista en el techo—. De que no os he dedicado todo el tiempo que os merecáis.

Elena lo mira fijamente intentando vislumbrar, tras el brillo de sus ojos, la fuente de la que brotan sus palabras.

—Nos has dedicado todo el tiempo que has podido, Carlos.

—No... no. He vivido obsesionado con mis obligaciones... obsesionado con mi trabajo. Y me arrepiento, Elena —dice cruzando sus miradas.

Elena le coge la mano con ternura sin decir nada. «¿A qué viene este arrepentimiento?», se pregunta para sus adentros.

—Un día me dijiste muy enfadada que mi trabajo era más importante para mí que dedicaros tiempo a vosotras. Lo recuerdas, ¿verdad? —le pregunta mirándola un instante antes de claudicar su mirada.

Elena calla. «Claro que lo recuerdo», piensa. Lo mira. Sus pupilas destellan el preciso recuerdo que la mirada tiñe de olvido.

—Fue el día que Laura cumplió un año y yo no...

—Lo recuerdo, sí, lo recuerdo —lo interrumpe ella intentando dejar el recuerdo dormido—, pero no le des más vueltas, Carlos, no vale la pena. Cariño, estás aquí, y estás vivo, ¡olvida lo que ha pasado! —enfatisa mirándolo fijamente— El atraco podría haber acabado en tragedia y gracias a Dios solo ha sido un susto. Así que no le des más vueltas. Intenta dormirte y no pienses más en ello... —le aconseja acariciándole la mano.

Carlos guarda silencio pero sus ojos se niegan a seguir conteniendo el peso de la emoción que los apresa. Elena se estremece al verlo romper a llorar y lo abraza sosteniendo su rostro sobre su pecho. «¿Pero qué le ocurre a Carlos?», piensa para sus adentros.

El despertador marca las 03:46 de una noche miriada de estrellas. La luz refleja sobre la pared un abrazo de grises sombras. Elena acaricia el cabello de su marido preguntándose si la inusual reacción de Carlos es fruto de la reciente mala experiencia que ha vivido o, peor aún, del desconuelo de un hombre que no reconoce sus huellas.

—Ojalá pudiera retroceder unos años mi vida, Elena —desea él alzando el rostro—. Pero... eso no es posible... y por eso quiero que sepas que... pase lo que pase en adelante... tú has sido

la única mujer de mi vida —confiesa con el temblor de una voz rota.

La confesión permanece suspendida sobre el manto de unas palabras que llaman al deseo. Elena lo mira fijamente y se acerca a ellos, los labios de él, para mostrarle desnudos los suyos, los labios de ella. La sensualidad se muestra tímida entre miradas, como ruborizada de haber aparecido bajo una confesión de amor inesperada. Sus deseos se contienen, se observan, se enlazan sin palabras antes de acariciarse, besarse y entregarse a una pasión desenfrenada.

Él, le pide al amor que detenga el tiempo.

Ella, le pide al amor que devenga consuelo.